

Entretanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendían para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin; pero Pomposa se reía de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo y, sobre todo, el tal cual lujo que veían en su casa, aumentaba cada día el número de sus adoradores. Los regalos que le hacían éstos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabía aprovechar de los primeros y reírse de los segundos.

Ninguna distinción hacía entre el tuno y el hombre de bien, y como que á nadie amaba, no advertía quién de sus amantes pensaba con su honor y quién no, á todos los trataba por un estilo.

Su prima, la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirarla inclinación al matrimonio.

Una ocasión, tratando sobre esto, le dijo:

—¿En qué piensas, hermana, con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya entiendo que sólo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputación, pues ningún hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chaceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo además sin

ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú y he oído las honras que hacen de ellas los hombres; lo menos que dicen es que son unas locas estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

—Ya lo he visto, decía Pomposa; yo no llevo otro fin sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiarse y echarlos noramala.

—¡Cierto que llevas unos fines santos!

—Si no son santos á lo menos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchachas que hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana, tú eres una tonta. ¿Habrás gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el imán? ¿Hay satisfacción más placentera que verse una mujer idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nuestros oídos rato más agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? Alejandro, César, Pompeyo ni mil otros guerreros, ¿podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con sólo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazón, rinde á éste, desmaya á aquél, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto ni satisfacción igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos

y nobles, muchas veces los príncipes y siempre los vasallos?

Tú, hermana mía, tienes talento, y no negarás que es una verdad cuanto te digo; y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada día que soy hermosa y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concedé. ¿Qué dices?

—¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que, á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo común quieren á las mujeres, pero no las aman; esto es, las quieren como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envían á la caballeriza y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes; pues así son los hombres. Ellos y las mujeres nos están pregonando esta verdad á gritos mudos. Ahora seis años, no mucho há, doña Ignacita la gallega, Tulitas, la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo

andaban? acuérdate: muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos; y ahora ya has visto su paradero; las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta ó pidiendo limosna. ¿Y por qué? Porque el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron abreviaron sus días, mancharon su tez, robaron su hermosura, y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algún día. A un tiempo las abandonaron todas, les volvieron las espaldas, no hubo relevo de pretendientes, y entonces ¿qué sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿qué esperanzas debes prometerte de mejor éxito, cuando ni eres más hermosa que muchas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras? Por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque manéjate de diverso modo, si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno; eso sería querer que fueras insensible. Nuestro corazón es de carne; somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algún hombre, sea de uno, y éste sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro.

Cásate, hermana; cástate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu corazón y hacerlo tu marido.

—¿Yo casarme? contestó Pomposa, ni pensarlo; tú estás recién casadita, aún comes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos días, que saque las uñas tu marido, que comience á celarte, á reñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré cómo te va.

—No tengo esperanzas de responderte que mal; porque antes de casarme lo pensé bien; examiné el carácter de mi esposo y el mío, y conozco que jamás le daré lugar á que me cele ni me riña, y por lo mismo me pasará siempre buena vida. No te canses, Pomposa; las mujeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la mujer prudencia y consejo en la elección de marido, experimentense mutuamente los dos, consulten á la experiencia de los padres y del confesor,<sup>1</sup> conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda la vida, dirija sus fines, no el interés, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno

<sup>1</sup> En la elección de confesor ó director espiritual debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia, pues de una mala elección de éstas han venido y vienen muy malas resultas.

de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazón igual al suyo en que descansa con seguridad y un amigo inseparable hasta el sepulcro; entonces la mujer no dará lugar á quejas, riñas ni celos á su marido, ni éste tendrá valor para maltratar ni abandonar á su mujer. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el corazón del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará difícilmente, pues la memoria del consorte llega más allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes; y así, hermana, si quieres ser feliz, examina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, cástate y déjate de tonteras.

—¿Yo casarme? repetía Pomposa, eso sí que no; ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para mujer propia; pero mira qué tales son los pretendientes: un comerciante que tendrá cuarenta años, un oficial segundo de secretaría, un hacendero payo, un minero viudo con una hija de seis años, un licenciado acabado de recibirse, un médico con tales cuales créditos, y un co-

redor del número. ¿Qué te parece? ¿no son excelentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿sería feliz al lado de cualquiera de ellos? ¿Qué dices? Pues estos son mis novios.

—En verdad, hermana; que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacerte feliz, con tal que no quieras salirte de tu esfera, pues en queriendo exigir de tu marido más de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado; porque si quieres contentar tus deseos á pura fuerza ó eres infiel á tu marido, ó lo exasperas, y en ambos casos te labrarás tu ruina.

—Por eso no me quiero casar con ningún hombre que no sea título ó mayorazgo, decía Pomposa; no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad; pues, que sea por lo menos marqués, y no de aquellos de quienes dice el refrán que: *A las veces en casas de los marqueses, más suele ser el ruido que las nueces*. No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi marido sea rico, y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo y tanta seguridad como gusto; si no, hija mía, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta ó bien vendida ó podrida en el *huacal*.

—Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana; porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y

mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eligen para esposas, sino dinero por todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que sólo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veríamos tantas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias que no hallan un enlace regular.

—Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico ó con ninguno.

—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporción, como verá el que lea lo que sigue.

